

Hay vida en el “portaviones gringo” en el Caribe

Por Marina Moscoso Arabía

Quisiera hacer un planteamiento que me parece tan urgente como ausente motivado por el dolor, el coraje y la impotencia sentidos desde que el pasado 3 de enero USA bombardeara Caracas, matara a decenas de personas (son ya centenares los muertos si se suman las ejecuciones previas en el mar) y secuestrara al presidente venezolano y a su compañera. De acuerdo a lo poco que se sabe, las fuerzas de élite imperialistas que ejecutaron la misión se prepararon y volaron hacia Venezuela desde Puerto Rico. En donde una desenfada republicana que actúa como gobernadora, lejos de preocuparse por la seguridad de más de tres millones de personas por una posible suspensión del comercio marítimo o por exponerlas a ser objetivos militares, no tardó en celebrar el ataque como una defensa del “estado de derecho, la democracia y los derechos humanos”.

Con mucha razón se habla sin descanso sobre la extrema vulnerabilidad en la que sigue estando el pueblo venezolano, así como del peligro en que se encuentran México, Colombia, Cuba, Nicaragua y hasta Groenlandia, a este lado del mundo. Sin embargo, la larga lista no incluye a la colonia de Puerto Rico. Pensar y estudiar este “portaviones gringo” como pieza clave del tablero de ajedrez geopolítico que se está conformando desde al menos 2022, no sólo es importante para poder realizar un análisis más robusto del momento histórico sino en la dirección de organizarnos para, como dice [Raúl Zibechi, no desaparecer como personas y como pueblos](#). Lo que me gustaría proponer es que esto debe ser parte de una estrategia de resistencia antiimperialista dirigida a tender puentes, estrechar lazos y aunar esfuerzos con organizaciones locales dado que potenciar una fuerza opositora dentro del propio imperio es tarea clave.

Conviene asumir, en vez de dudar y hasta descartar, que nos dirigimos hacia un “choque global” y que las recientes actuaciones de Washington, como indica [Augusto Zamora, no han hecho otra cosa que acelerar ese acontecimiento](#). Existe un amplio consenso de que USA, para intentar preservar en algo su hegemonía frente a la poderosa China, está determinada a subordinar al mayor número posible de estados latinoamericanos y caribeños en aras de reforzar su capacidad militar y asegurar su acceso a recursos indispensables para poder enfrascarse en una guerra a gran escala. Tristemente, no existe en estos momentos un contrapeso real en todo el hemisferio. Esto a pesar de que dejamos de ser zona de paz, no el pasado 3 de enero sino desde que a inicios de septiembre USA bombardeó impunemente la primera lancha en aguas del hermoso Mar Caribe.

Conviene también mirar a Europa para creer que Latinoamérica y el Caribe no están en la peor situación en cuanto a soberanía se refiere. Desde que Rusia optó por responder militarmente a la provocación de la OTAN (cualquier similitud con el caso venezolano no es coincidencia), quienes insisten en reconocer la raíz histórica del conflicto ruso-ucraniano hablan de la puertorriqueñización de Europa. Lo hacen señalando la sumisión de la Unión Europea como si se tratara de un nuevo Estado Libre Asociado *de facto*. Ese “ELA” que no es otra cosa que la pirueta legal a la que recurrió en 1952 USA para maquillar *de jure* su poder colonial sobre Puerto Rico con el total beneplácito de las élites locales. En ese sentido, el tibio rechazo expresado por muchos gobiernos al sur del Río Bravo resulta más esperanzador que el comportamiento antisocial y senil que viene exhibiendo en los últimos tiempos el “viejo continente”. El detalle está en que Puerto Rico tendría que librar una lucha independentista para soltar las amarras del imperio, ese no es el caso del barco europeo.

El gran problema es que Puerto Rico no sólo se encuentra en una posición extremadamente vulnerable por carecer de soberanía sino por su ubicación geográfica, su reducido tamaño y por la concentración de bases norteamericanas que lo flanquean por el norte, el sur, el este y el oeste. Con todo ello, lo que hace al pequeño archipiélago extremadamente vulnerable en este momento emana de su aislamiento geográfico, de un modelo económico absolutamente financiarizado y dependentista, de que prácticamente todo lo que se necesita para sobrevivir llega de afuera, de un cerco mediático-ideológico y de una arraigada subjetividad colonial. Con profundo dolor me atrevo afirmar que la población en general no parece estar entendiendo la gravedad del momento y su propia vulnerabilidad ante lo que parece inevitable. Están en riesgo no sólo las vidas de puertorriqueños sino de todos los que residen en Puerto Rico, incluyendo una importante comunidad dominicana y estadounidense. Por lo que cabe enfatizar que no sólo el “gobierno” de Jennifer González pone en riesgo la seguridad de quienes viven en Puerto Rico. La postura entreguista del gobierno del presidente dominicano, Luis Abinader, también pone en riesgo a ciudadanos dominicanos dentro y fuera de su país.

Al hablar de vulnerabilidad política se debe apuntar que son pocos los espacios de disidencia. No es momento ni de soñar con algo que pueda calificarse de oposición institucional. El último candidato a la gobernación por el partido independentista puertorriqueño, que generó tanta ilusión en las pasadas elecciones, hace *mutis*. Tampoco se expresan otras fuerzas que se piensan dentro de la esfera político-partidista. Hay un problema estructural inherente a la condición colonial. Se confunde el modelo territorial con la economía política de tal forma que los anexionistas se presumen de derecha, los que continúan defendiendo abiertamente al ELA se presumen conservadores o moderados y los independentistas se presumen de izquierda. Aunque hay una importante correlación esto está lejos de la realidad y, sin embargo, se llega a leer y escuchar a gente que conoce de la política puertorriqueña reproducir ese error. Es una confusión que lo permea todo y que mueve masas lo mismo a votar por un partido político que a asistir al concierto de un cantante famoso.

Más allá de las instituciones políticas, hay que reconocer que en Puerto Rico se ha aplastado y disciplinado la disidencia por todas las vías posibles desde el asesinato hasta (más recientemente) la compra de voluntades a través de numerosas organizaciones sin fines de lucro. También es cierto que el beligerante desparpajo de Trump y sus secuaces ha provocado airados comentarios a nivel comunitario contra las acciones imperialistas de USA. Está claro que una cosa es decir “drill baby drill” en una toma de posesión y otra muy distinta es lanzar bombas y afirmar que el petróleo de Venezuela le pertenece a USA. No hay que descartar que el devenir de los acontecimientos acabe por “despertar” al pueblo puertorriqueño. La situación en Venezuela, en particular las movilizaciones en apoyo a la Revolución Bolivariana, conduce a apoyar la tesis de que USA apostó por una catastrófica huida hacia adelante luego de una larga lista de derrotas tácticas, incluyendo la otorgación de un premio Nobel que nadie en Venezuela celebró. Del otro lado, aún está por verse si se realizarán las elecciones legislativas de medio término en USA o si se aventurarán a declarar un estado de excepción que tendrán que justificar de algún modo como puede ser meter fuerzas militares en algún país vecino para declararse en guerra.

El caribe antillano es una región excepcional. Nuestra pequeña geografía concentra una diversidad histórica, cultural y lingüística que no tienen parangón en nuestro hemisferio y probablemente en el mundo. En ese sentido el trabajo de investigadores caribeñistas como Lautaro Rivara, que escapan a lo que llamo el ombliguismo continental, son muy apreciados y agradecidos. Conviene referirse aquí también al [programa que La Base América Latina dedicó recientemente a Puerto Rico](#). En estos

días de “reality check”, que dirían los gringos, se debe redoblar el esfuerzo dentro y fuera del territorio invadido y ocupado por USA hace ya más de 127 años por sacarlo de su relativa invisibilización. Entre los acontecimientos que se ignoran estos días está el bombardeo a Puerto Rico en 1950; anterior al bombardeo a Guatemala en 1954. La única vez, según Nelson Denis, que USA ha lanzado bombas sobre ciudadanos estadounidenses. La invisibilización y el desconocimiento no son casuales son funcionales al poder imperial. Derivan de una fuerte apuesta de USA por desarticular el Caribe a lo interno y mantener a la región separada del resto del hemisferio, particularmente tras el triunfo de la Revolución Cubana. Así me lo contaron y enseñaron mis abuelas, una de origen venezolano y la otra de origen dominicano, mucho antes de leerlo en algún texto. Lo sabían porque lo vivieron.

Referencia

Denis, Nelson (2016) War against all Puerto Ricans: revolution and terror in America's colony, Bold Type Books